

Bram Stoker

La Joya  
de las Siete Estrellas

Edición y traducción de  
Javier Martín Lalanda

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *The Jewel of Seven Stars*

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard  
Imágenes: © Getty Images y © Shutterstock

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la edición y traducción: Javier Martín Lalanda, 1997, 2016  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2016  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)  
ISBN: 978-84-9104-226-6  
Depósito legal: M.32.504-2015  
Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE  
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

## Nota del traductor

El novelista irlandés Bram Stoker (1847-1912) no lograría la celebridad a causa de la carrera que había estudiado en la universidad (grado en física y matemáticas) ni de aquella otra con la que se ganaba la vida (la abogacía), sino, curiosamente, por el ejercicio de sus aficiones, en especial la literatura y el teatro. Conocido, amigo y, más tarde, administrador del actor y productor Henry Irving, sus relatos y novelas se caracterizan por la plasticidad de las escenas y la teatralidad de los diálogos que enmarcan a los personajes de las mismas. Entre su copiosa producción literaria (folletín de tipo costumbrista, relatos para el público femenino, narraciones basadas en el mundo del teatro, ensayo) destaca su faceta fantástica, representada por varias recopilaciones de cuentos, entre ellos, *Under the Sunset* (1888) y *Dracula's Guest and Other Weird Stories* (1914), y por tres de las numerosas novelas que escribió: *Dracula* (1897), *The Jewel of Seven Stars* (1903) y *The Lair of the White Worm* (1911).

Con el paso del tiempo, las andanzas del célebre conde vampiro eclipsarían las aventuras narradas en las dos novelas citadas, que, respectivamente, nos hablan del empeño del arqueólogo Trelawny para resucitar a Tera, la antigua reina-bruja egipcia (por otra

parte, reencarnada en su hija, la joven Margaret), y de la existencia de una descomunal sierpe prehistórica en tierras británicas que parece proyectarse en una mujer contemporánea, la seductora lady Arabella March.

Posiblemente, al olvido de estas dos novelas contribuiría también la costumbre que Florence Stoker, la esposa de nuestro autor, pondría en práctica tras el fallecimiento de su marido, pues en las posteriores reediciones de ambas (1912 para *The Jewel...*; 1925 para *The Lair...*) retocaría y recortaría sus textos originales, mermando su calidad literaria.

La presente traducción de *La Joya de las Siete Estrellas* (refirámonos ya al título que tienen ante la vista) ofrece el texto íntegro de la primera edición británica (William Heinemann, Londres, 1903), añadiendo en notas las variantes textuales que lo diferencian del de la segunda (William Rider & Sons, 1912) y presentando en Apéndice el último capítulo, con el «final feliz» de esta última edición (sugerido en 1903 por algunos lectores ofendidos), convertida, desgraciadamente, en la canónica durante los últimos cien años.

JAVIER MARTÍN LALANDA

# La Joya de las Siete Estrellas



*A Eleanor y Constance Hoyt*



## Capítulo 1

### Una llamada en la noche

Todo parecía tan real que apenas podía imaginarme que me hubiese sucedido en otro tiempo; y, sin embargo, cada episodio acontecía no como un paso más en la lógica de las cosas, sino como algo esperado. Así es como el recuerdo gasta bromas para bien o para mal; para el placer o el dolor; para la felicidad o la aflicción. Así se explica que la vida tenga sabor agridulce y que lo que uno hiciera antaño se revista de eternidad.

Una vez más, el liviano esquife, cesando en su agitar de las indolentes aguas, lo mismo que los relucientes y goteantes remos, se deslizaba del fiero sol de julio a la fresca sombra de las grandes ramas que pendían de los sauces... Yo seguía en pie sobre la oscilante embarcación, y ella continuaba sentada en silencio, mientras con ágiles dedos se guardaba de las ramitas impensadas o de las libertades que, a nuestro paso, se tomaban las elásticas ramas. Una vez más, el agua se mostraba como oro oscuro bajo el dosel de translúcido verdor, y la verdeante ribera se cubría de tonos de esmeralda. Una vez más, nos sentábamos en la fresca sombra, rodeados por una miríada de ruidos, los de la naturaleza, producidos dentro y fuera de nuestro retiro, que se fundían en ese soñoliento murmullo cuya cercanía se basta y sobra para olvidar completamente el resto del mundo, con sus inquietantes

molestias y sus alegrías aun más incómodas. Una vez más, en aquella deleitosa soledad, la joven, perdidos los convencionalismos de la educación de la infancia, que tanto la habían constreñido, me contaba, espontánea y soñadora, lo sola que se sentía en aquella nueva fase de su vida. Con un dejo de tristeza, me daba a entender lo aisladas que se sentían las personas que vivían en aquella espaciosa casa, debido a la magnificencia de su padre y de ella misma, y que allí la confianza no tenía altar, ni la simpatía sagrario; y que, en aquellos momentos, incluso el rostro de su padre le parecía tan distante como la vida que antaño llevara en el campo. Una vez más, el buen juicio de mi condición viril y la experiencia de mis años se ponían a los pies de la joven. Al parecer obraban espontáneamente, pues poco tenía que decir mi propio yo al respecto, sino sólo obedecer sus imperativas órdenes. Y una vez más, los huidizos segundos se multiplicaban por sí mismos de modo interminable. Pues es en el arcano de los sueños donde las existencias se fusionan y se renuevan a sí mismas, cambiando, pero sin dejar de ser las mismas... como el alma de un músico cuando ejecuta una fuga. De tal suerte, los recuerdos se desvanecen, una y otra vez, en el sueño.

Pero nadie puede alcanzar el descanso completo. Incluso en el Paraíso, la serpiente levanta la cabeza entre las cuajadas ramas del Árbol del Bien y del Mal. El silencio de la noche insomne se hace añicos debido a un rugido de avalancha, al siseo de súbitas inundaciones, al sonido del timbre que se abre paso por una ciudad dormida<sup>1</sup>, al martillar de remos distantes so-

---

1. por una ciudad dormida) por una ciudad americana dormida. *En lo sucesivo, las notas que adoptan esta forma presentan las variantes edito-*

bre el mar. No sé qué será, pero está rompiendo el encanto de mi Paraíso. El dosel de verdor que nos cubre, salpicado de estrellados puntos adamantinos de luz, parece titilar bajo el incesante latido de los remos, y es como si el sonido del timbre jamás fuera a acallarse...

De repente, las puertas del Sueño se abrieron de par en par, y mis oídos medio adormilados distinguieron la causa de los sonidos que hasta entonces me habían molestado. ¡Cuán prosaica es la vida en estado de vigilia!... Alguien había estado llamando con insistencia a alguna puerta mientras no dejaba de pulsar el timbre.

Al vivir en Jermyn Street ya estaba lo suficientemente acostumbrado a los sonidos que imperan en Londres. No me molestaban, ya estuviera dormido o despierto, los trajines, no obstante ruidosos, de mis vecinos. Pero aquel ruido era demasiado continuo, demasiado insistente, demasiado imperativo para pasarlo por alto. Detrás de aquel sonido incesante había alguna inteligencia activa; y alguna fuerza mayor, alguna necesidad, detrás de aquella inteligencia. Sin despertarme del todo, supuse que alguien tendría problemas, y, sin pensarlo dos veces, salté de la cama. Miré instintivamente el reloj. Eran las tres en punto; una tenue luz orlaba de gris la persiana verde que mantenía a oscuras mi habitación. Era evidente que los golpes y los timbrazos sonaban en la puerta de mi propia casa, y también que no había nadie despierto para darse por aludido. Así que me puse la bata y las

---

*riales. El texto que antecede al final del paréntesis pertenece a la primera edición, y el que lo sigue es el de su variante en la segunda, la retocada.*

zapatillas, y bajé hasta la entrada. Cuando la abrí, me encontré a un elegante criado, que, con mucha flema, pulsaba el timbre con una mano, mientras, con la otra, suscitaba en la aldaba incesantes estridencias metálicas. En cuanto me vio, cesó el ruido, y mientras se llevaba instintivamente una mano al ala del sombrero, sacó con la otra una carta del bolsillo. Ante la puerta se encontraba un elegante *brougham*<sup>2</sup>, cuyos caballos resollaban ruidosamente, como si acabaran de llegar a toda prisa. A su lado podía ver a un policía, con el farol aún encendido y colgado de la cintura, que había llegado al lugar atraído por el ruido.

—Le ruego que me perdone, señor; siento molestarle, pero mis órdenes eran imperiosas; sin perder un instante, debía llamar y tocar el timbre hasta que acudiese alguien. ¿Puedo preguntarle, caballero, si vive aquí el señor Malcolm Ross?

—Yo soy el señor Malcolm Ross.

—¡Entonces, señor, esta carta es para usted, y también el coche!

Con una mezcla de extrañeza y curiosidad, cogí la carta que me tendía. Por supuesto que, en mi calidad de abogado, no me habían faltado experiencias fuera de lo corriente, incluido algún apremio intempestivo, pero jamás ninguna como aquélla. Retrocedí hasta el vestíbulo, entorné la puerta y di la luz. Aunque desconocía la letra de la carta, se veía que era de mujer. Comenzaba abruptamente, sin el «Querido señor» ni demás preámbulos al uso:

---

2. Carruaje cerrado, de dos o cuatro ruedas, tirado por un caballo, y con capacidad para dos o cuatro personas. (*N. del T.*)

*Usted dijo que no tendría inconveniente en socorrerme si fuera necesario, y creo que al decir esto fue sincero. La ocasión acaba de presentarse antes de lo que esperaba. Me encuentro en una situación muy desagradable, y no sé adónde acudir ni a quién dirigirme. Me temo que han intentado asesinar a mi padre, aunque, gracias a Dios, aún sigue con vida. Pero se halla completamente inconsciente. Ya hemos llamado a los médicos y a la policía; pero no conozco a nadie en quien confiar. Venga en seguida, si le es posible; y discúlpeme, si puede. Supongo que no tardaré en comprender las consecuencias del paso que acabo de dar al pedirle este favor, pero ahora soy incapaz de pensar en nada. ¡Venga! ¡Venga en seguida!*

*Margaret Trelawny*

A medida que leía, la pena y el entusiasmo comenzaron a batallar en mi mente; pero la idea preponderante fue que la joven se encontraba en apuros y que me había llamado... ¡a mí! Así que el hecho de soñar antes con ella debía responder a algo. Llamé al criado:

–¡Aguarde! ¡Estaré con usted en un momento! –y eché a correr escaleras arriba.

Unos escasos minutos me bastaron para lavarme y vestirme; de modo que poco después recorríamos las calles tan deprisa como nos lo permitían los caballos. Como era día de mercado, cuando salimos a Picadilly nos asaltó un flujo interminable de carros que venían del oeste; pero, por lo demás, el camino estaba despejado, de modo que fuimos deprisa. Le había sugerido al criado que me acompañara en el *brougham* para que, mientras íbamos de camino, pudiera contarme lo sucedido. Se sentó torpemente, con el sombrero encima de las rodillas, y comenzó a decir:

—La señorita Trelawny, señor, nos envió recado de que prepararíamos en seguida un coche; y cuando estuvo dispuesto, se presentó en persona y me entregó la carta, mientras decía a Morgan (es el cochero, señor) que saliera a toda prisa. Dijo que no podía perder ni un segundo, y que no dejase de llamar hasta que acudiera alguien.

—Sí, lo sé, lo sé... ¡ya me lo ha dicho! Pero lo que quiero saber es por qué ella los ha enviado a buscarme. ¿Qué ha sucedido en la casa?

—No lo sé muy bien, señor, salvo que encontraron al amo inconsciente en su habitación, con las sábanas ensangrentadas<sup>3</sup>. Nadie ha sido capaz de hacerle volver en sí. Fue la propia señorita Trelawny quien lo descubrió en ese estado.

—¿Y cómo pudo encontrárselo a estas horas? ¿Quizá, supongo, fue a última hora de la noche?

—No lo sé, señor; no conozco ningún detalle.

Como no podía contarme nada más, detuve durante un momento el carruaje para que volviera a ocupar el pescante; luego, ya a solas, comencé a darle vueltas en mi mente a todo aquel asunto. Había bastantes cosas que podía haberle preguntado al criado antes de devolverle al pescante; por eso me enfadé conmigo mismo durante unos instantes por haber desaprovechado la oportunidad. Sin embargo, me alegré de no haber sucumbido a la tentación. Sería más elegante enterarme por la propia señorita Trelawny, y no por sus criados, de la atmósfera que la rodeaba.

---

3. con las sábanas ensangrentadas) con las sábanas ensangrentadas y una herida en la cabeza.

Rodamos rápidamente a lo largo de Knightsbridge, y el escaso ruido que hacía nuestro vehículo, por otra parte en perfecto estado, se amplificó bajo el aire matutino. Giramos hacia arriba por el camino a Kensington Palace y nos detuvimos poco después ante una gran mansión situada a mano izquierda, más cerca, según pude juzgar, del final de la avenida que da a Notting Hill que del que corresponde a Kensington. Ciertamente era una hermosa mansión, no sólo por su tamaño, sino por su arquitectura. Incluso bajo la incierta luz gris del amanecer, que tiende a empequeñecer el tamaño de las cosas, parecía muy grande.

La señorita Trelawny me recibió en el vestíbulo. No me dio la impresión de que fuera, en absoluto, tímida. Parecía dominar todo lo que la rodeaba con esa autoridad propia de la gente de alta alcurnia, que en su caso era mucho más notable porque estaba muy agitada y tan pálida como la nieve. En el gran vestíbulo había varios criados: los varones agrupados cerca de la puerta, las mujeres abrazándose unas a otras en los rincones alejados y ante las puertas de las habitaciones. Un comisario de policía acababa de hablar con la señorita Trelawny; dos hombres de uniforme y otro de paisano se encontraban cerca de él. Cuando la joven me estrechó impulsivamente la mano, hubo en sus ojos una mirada de alivio que se concretó en un suave suspiro. Su saludo fue de lo más sencillo.

—¡Sabía que vendría!

Un apretón de manos puede ser muy significativo, aunque no se quiera expresar nada con él. La mano de la señorita Trelawny pareció perderse en la mía, pero no porque fuera pequeña (era fina y flexible, de dedos largos y delicados y muy hermosa; algo que no

se da corrientemente), sino porque más bien se había rendido inconscientemente a ella. Y aunque en aquel momento no pude adivinar la causa de la emoción que me embargó, luego sí la comprendí.

Se volvió hacia el comisario de policía y comentó:

–Le presento al señor Malcolm Ross.

El policía me saludó mientras respondía:

–Ya conozco al señor Ross, señorita. Quizá aún recuerde que tuve el honor de trabajar a su lado en el caso de los monederos falsos de Brixton.

Y tenía razón, pero yo no le había reconocido porque toda mi atención se hallaba centrada en la señorita Trelawny.

–¡Claro que sí, comisario Dolan, lo recuerdo muy bien! –dije mientras nos estrechábamos la mano. No se me escapó que el hecho de que nos conociéramos parecía tranquilizar a la señorita Trelawny. La vaga sensación de desasosiego que sugería su manera de comportarse me llamó la atención; comprendí, instintivamente, que sería menos embarazoso para ella hablar a solas conmigo. Por eso dije al comisario:

–Quizá fuera conveniente que la señorita Trelawny hablase a solas conmigo unos minutos. Como es evidente que usted ya está al corriente de todo lo sucedido, yo comprenderé mejor la situación si puedo hacerle algunas preguntas. Luego, si me lo permite, discutiré con usted todo este asunto.

–Me agrada servirle en lo que pueda, señor –repuso él muy cordialmente.

Seguí a la señorita Trelawny y llegué a una habitación muy agradable que daba al vestíbulo y desde la que se veía el jardín situado en la parte trasera de

la casa. Después de que ambos entráramos y yo cerrara la puerta, ella comentó:

—Más tarde le daré las gracias por la bondad que me demuestra al acudir a mi lado en este momento tan apurado; pero ahora creo que podrá ayudarme mejor cuando conozca los hechos.

—Adelante —dije—. Cuénteme todo lo que sepa y no escatime detalle, por trivial que ahora pueda parecerle.

Y ella comenzó al momento:

—Me despertó un ruido; aún ignoro cuál pudo ser. Sólo sé que lo oí en sueños, pues me desperté al momento, con el corazón latiéndome a toda prisa y el oído ansioso por captar cualquier sonido que llegara de la habitación de mi padre. La mía está al lado de la suya, y con mucha frecuencia, antes de dormirme, le oigo moverse cuando aún está levantado. De noche trabaja hasta tarde, en ocasiones hasta muy tarde; así que cuando me despierto, ya sea por mí misma, lo cual sucede algunas veces, o porque me despierta la claridad del amanecer, oigo que todavía está levantado. Una vez intenté regañarle por quedarse hasta tan tarde, ya que no le hace ningún bien; pero no me quedaron ganas de repetir el intento. Ya sabe usted hasta qué punto puede ser duro e insensible... al menos recordará lo que le conté de él; y cuando se comporta con modales muy educados, entonces es de temer. Cuando está enfadado puedo soportarle mucho mejor; pero cuando habla despacio y midiendo las palabras, y la comisura de los labios se le levanta hasta dejar ver sus afilados dientes, me parece sentir... ¡algo, un no sé qué! Anoche me levanté silenciosamente y me acerqué a la puerta, porque realmente tenía miedo de molestarle. No escuché ruido alguno de movi-

miento, ningún grito, sino solamente el extraño ruido que hubiera podido hacer algo que se arrastrara, seguido de una respiración lenta y pesada. ¡Oh! ¡Fue espantoso esperar allí a oscuras y en silencio, y temer... temer encontrarme con algo que desconocía!

»Finalmente, hice acopio de valor y, girando el pomo de la puerta lo más despacio que pude, abrí la puerta, apenas una rendija. Dentro estaba completamente a oscuras; sólo alcancé a vislumbrar el contorno de las ventanas. Pero en aquella tiniebla el sonido de la respiración, al hacerse más audible, era espantoso. Continuó mientras seguía atenta, pero no pude escuchar nada más. Abrí la puerta de un golpe, pues tenía miedo de abrirla lentamente. ¡Me sentí como si detrás de ella hubiera alguna cosa terrible dispuesta a saltarme encima! Luego giré el interruptor de la luz y entré en la habitación. Lo primero que hice fue mirar a la cama. Las sábanas estaban todas revueltas, como si padre hubiera estado acostado; pero en el centro de la cama había una gran mancha de color rojo oscuro que se extendía hasta el borde. Aquello casi me produjo un síncope. Mientras miraba, el sonido de la respiración se hizo más fuerte, y yo miré hacia donde provenía. Padre estaba echado sobre el costado derecho, con el brazo debajo, como si hubieran arrastrado su cuerpo inerte antes de dejarlo en aquella posición. El rastro de sangre cruzaba la habitación y se detenía en la cama. Alrededor de padre había un charco que me impresionó muchísimo cuando me agaché a examinarlo, por lo rojo y brillante que era. El sitio en que se encontraba estaba justamente enfrente de una gran caja de caudales. Tenía puesto el pijama. La manga izquierda, desgarrada, dejaba al descubierto el brazo,

que apuntaba hacia la caja. ¡Era terrible verlo así... cubierto de su propia sangre, y con la carne cortada alrededor de la cadena de oro que lleva en la muñeca! Como no conocía su existencia, este detalle me sorprendió aún más.

Hizo una pausa momentánea, que yo, pensando que el cambiar momentáneamente de conversación le serviría de alivio, aproveché para decir:

—¡Oh! ¡Eso no debe sorprenderle a usted! No sabe lo que abundan los hombres con pulseras. En cierta ocasión, vi cómo un juez condenaba a un hombre a la pena capital, y llevaba en la muñeca una cadena de oro.

Ella no pareció hacer caso de estas palabras; sin embargo, aquel respiro la confortó en cierta manera, porque prosiguió con voz más tranquila:

—No perdí ni un solo instante en pedir socorro, porque tenía miedo de que se desangrara hasta morir. Toqué la campanilla y salí afuera y grité a voz en cuello para que me socorrieran. En un lapso de tiempo que debió de ser muy breve (aunque a mí me pareciera increíblemente largo), unos cuantos criados llegaron a la carrera, y después otros, hasta que la habitación se llenó de miradas ansiosas, cabellos en desorden y toda suerte de ropas de noche.

»Tendimos a padre en el sofá, y el ama de llaves, la señora Grant, que parecía estar en sus cabales mucho más que nosotros, comenzó a buscar el origen de toda aquella sangre. No tardó en descubrir que procedía del brazo desnudo. En él había una profunda herida (no limpia, como hubiera resultado del corte de un cuchillo, sino como si procediera de un rasguño irregular o de un arañazo) muy cerca de la muñeca, que parecía afectar a la vena. La señora Grant ató un pa-

ñuelo alrededor del corte e hizo un torniquete con un abrecartas de plata; la hemorragia se detuvo al momento. Para entonces yo ya había recobrado mis facultades... o al menos hecho acopio de las que me quedaban, y enviaba un criado en busca del médico y otro a la policía. Cuando se fueron, tuve la impresión de que estaba sola en casa, aparte de los criados..., y de que no sabía nada..., de padre ni de ninguna otra cosa; y entonces me sobrevino el enorme anhelo de tener a mi lado a alguien que pudiera ayudarme. Luego me acordé de usted, y del amable ofrecimiento que me hiciera en el bote, debajo de los sauces; y, sin detenerme a pensar, mandé disponer un carruaje, garabateé una nota y se la envié.

Hizo una pausa. A mí no me pareció procedente comentar nada respecto a cómo me sentía en aquellos momentos. La miré y creo que me comprendió, pues, durante un momento, alzó su mirada hasta la mía, para luego bajarla, aunque sus mejillas quedaron con tanto arrebol como el de las peonías rojas.

Con un esfuerzo evidente prosiguió su narración:

—El médico estuvo con nosotros en un plazo sorprendentemente corto. Como el criado que había ido a avisarle a su casa le dejó su propio llavín, llegó en seguida. Aplicó un torniquete mejor al brazo de mi pobre padre y volvió a su casa a buscar cierto instrumental. Me atrevería a afirmar que regresó casi inmediatamente. Luego llegó un policía que se apresuró a enviar un mensaje a la comisaría; poco después llegó el comisario. Y luego apareció usted.

Siguió una larga pausa, en la que yo me aventuré a cogerle la mano durante un instante. Sin añadir palabra, abrimos la puerta y fuimos al encuentro del co-

misario, que estaba en el vestíbulo. Fue hacia nosotros, diciendo:

—Después de examinarlo personalmente todo he avisado a Scotland Yard. Ya ve, señor Ross, hay tantas cuestiones extrañas en este caso que he creído preferible que nos acompañara el mejor hombre del Departamento de Investigación Criminal de quien podemos disponer. Por eso les he pedido que nos envíen rápidamente al sargento Daw. Señor, lo recordará por aquel caso del envenenamiento de un norteamericano en Hoxton.

—¡Oh, claro! —comenté—. Le recuerdo muy bien, de ése y otros casos, pues su agudeza y profesionalidad me fueron de mucho provecho en varias ocasiones. De todas las mentes que conozco, la suya es la que mejor funciona. ¡Siempre que defendía a alguien que consideraba inocente, era una alegría saber que él estaba en el bando opuesto!

—¡Eso sí que es tenerle en gran estima, señor! —repu-so, complacido, el comisario—. Me satisface que apruebe mi elección, así que he hecho bien llamándolo.

—No habría podido hacer nada mejor —le contesté de corazón—. No dudo de que con él y con el concurso de usted llegaremos a los hechos... ¡y a las apariencias que se ocultan tras ellos!

Seguidamente subimos a la habitación del señor Trelawny y allí encontramos todo tal y como su hija lo había descrito.

Luego sonó el timbre de la entrada y un minuto más tarde apareció un hombre en la habitación. Era un joven de facciones aguileñas, de ojos grises y penetrantes, y de frente tan cuadrada y ancha como la de un pensador. Llevaba en la mano un maletín negro